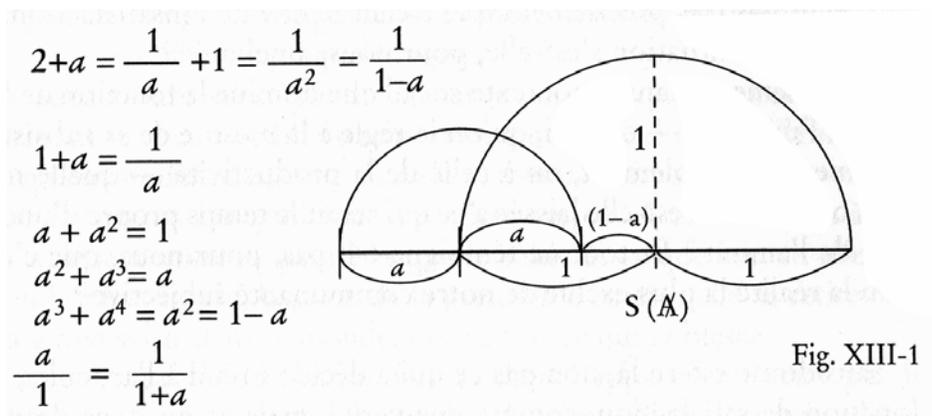


Lección 13

1 de marzo de 1967



Anoche leí en alguna parte, y tal vez algunos de ustedes también pudieron encontrarlo en el mismo lugar, este singular título: *Conocer a Freud antes de traducirlo*<sup>1</sup>... ¡Enorme! Como decía un señor a quien no busco parecerme, puesto que no me paseo como él con un bastón, aun cuando a veces sí con un sombrero: “¡Henorme!”<sup>2</sup>.

Como sea, es claro que me parece que intentar traducirlo es un camino que ciertamente se impone como previo a toda pretensión de conocerlo.

Que un psicoanalista diga conocer el psicoanálisis ¡vaya y pase! Pero conocer a Freud antes de traducirlo sugiere invenciblemente la tontada de conocerlo antes de haberlo leído. Por supuesto, suponiendo en la noción de traducción toda la amplitud necesaria. Porque seguramente lo que sorprende es que yo no sé si algún día podremos adelantar algo que se parezca a esta pretensión de conocer a Freud. Evalúen bien lo que quiere decir, lo que significa –en la perspectiva que nos ofrece el pensamiento de Freud, una vez que ha llegado al cabo de su desarrollo–, habernos propuesto el modelo de la satisfacción subjetiva en la conjunción sexual.

<sup>1</sup> Laplanche Jean & Pontalis Jean-Bertrand, “Connaître Freud avant de le traduire », retomado en la revista *Meta*, vol. 27, núm. 1, 1982.

<sup>2</sup> Ortografía que se remonta a Flaubert.

¿Acaso la experiencia –aquella de donde el mismo Freud partía–, no era muy precisamente que se trataba del *lugar* de la insatisfacción subjetiva? ¿Y la situación ha mejorado, para nosotros?

Francamente, en el contexto social que domina la función del *empleo* del individuo (empleo, ya se lo regule en la medida de su subsistencia pura y simple o en la de la productividad), ¿qué margen se le deja en ese contexto a algo que sería el tiempo propio para una cultura del amor? ¿Todo no da fe, para nosotros, de que esa es justamente la realidad más excluida de nuestra comunidad subjetiva?

Sin duda, se encuentra ahí, no lo que decidió a Freud a articular esta función de satisfacción como una verdad sino lo que sin duda le parecía estar a cobijo del riesgo de ver que –le confesaba él a Jung– una teoría un tanto profunda del psiquismo se reencontrarse con las hormas de lo que él mismo llamaba “el río de barro del ocultismo”.

Es justamente porque con la sexualidad (que precisamente había *presidido* a lo largo de los siglos lo que nos parecen esas locuras, esos delirios de la gnosis, de la copulación del sabio y de la σοπια {y por vía de qué camino!}), es justamente porque en nuestro siglo y en el reinado del sujeto no había NINGÚN RIESGO de que la sexualidad pudiera servirse de ser un modelo para el conocimiento, que, sin duda, comenzó esta canción de animador tan bien ilustrada por ese cuento de Grimm, que a él le gustaba, del *flautista* que arrastraba tras de sí esa audiencia de la cual bien puede decirse que, en lo que concierne a las vías de una erudición cualquiera, representaba la hez de la Tierra...

Porque, seguramente, en lo que hace poco llamé la línea que él nos marca y de donde, en efecto, hay que partir por su fin, a saber, la fórmula de la repetición, hay que medir bien qué separa el παντα ρει del pensador antiguo<sup>3</sup>, cuando nos dice que nunca nada vuelve a pasar por su propia huella, que uno no se baña dos veces en el mismo río, y lo que esto significa en tanto desgarramiento profundo, de un pensamiento que sólo puede captar el tiempo en ese algo que sólo se dirige hacia lo indeterminable a costa de una ruptura constante con la ausencia.

Introducir, ahí, la función de la repetición ¿qué le agrega?

Pues bien, seguramente nada mucho más satisfactorio si se trata únicamente de renovar siempre, incesantemente, un cierto número de giros.

---

<sup>3</sup> Heráclito, Fragmento 136 en la edición de M. Coche (*Fragments*, PUF, 1986). Su atribución es discutible en el plano filológico, y muy poco desde un punto de vista filosófico.

El *principio del placer* seguramente no guía hacia nada, y menos que todo hacia la recaptación de un objeto cualquiera.

La noción pura y simple de descarga, en tanto tomaría su modelo del circuito establecido del *sensorium* tiene por lo demás algo que se define de una manera bastante difusa como siendo el *motor*: el circuito *estímulo-respuesta*, como se dice.<sup>4</sup> ¿Qué puede explicar? Quién no ve que si nos atenemos a eso, el *sensorium* sólo puede ser guía de lo que constituye, en efecto, en el más simple nivel, la pata de la rana irritada: se retira, no busca captar nada en el mundo, sino huir de lo que la hiere.

¿Qué es lo que garantiza la constante definida en el aparato nervioso por el principio del placer? La constante de estimulación, lo *isóstimo*, diría yo, para imitar lo *isóbaro* o lo *isotérmico* del que hablaba el otro día, o lo *isorrespo*, la *isorrespuesta*. Es difícil fundar algo sobre lo *isóstimo* porque lo *isóstimo* ya no es un *estimo*, en absoluto. Lo *isórespo*, el “tanteo” de la resistencia constante, es lo que en el mundo puede definir ese *isóbaro* que el principio del placer conducirá a que el organismo hile. En todo eso, no hay nada, en ningún caso, que lleve a la investigación, a la captura, a la constitución de un objeto. El problema del objeto como tal queda intacto en toda esta concepción, orgánica, de un aparato homeostático. Sorprende mucho que hasta hoy no se haya señalado su falla.

Aquí, seguramente, Freud tiene el mérito de señalar que la investigación del objeto es algo que sólo puede concebirse si se introduce la dimensión de la SATISFACCIÓN.

Aquí volvemos a chocar con la extrañeza de esto: que aunque haya tantos modelos orgánicos de la satisfacción, empezando por la repleción digestiva e igualmente por algunas otras necesidades que él evoca, pero en un registro diferente porque es sorprendente que es precisamente en la medida en que esos esquemas donde la satisfacción se define como NO TRANSFORMADA por la instancia subjetiva (la satisfacción oral es algo que puede dormir al sujeto en últimas, pero seguramente es inconcebible que ese dormirse sea signo subjetivo de la satisfacción), cuán infinitamente más problemático es precisar que el orden verdadero de la satisfacción subjetiva ha de buscarse en el acto sexual ¡que es precisamente el punto donde ésta resulta más desgarrada!

---

<sup>4</sup> Otra posibilidad de lectura de esta frase: “La noción pura y simple de descarga, en tanto tomaría su modelo del circuito establecido del *sensorium* con algo además definido de una manera bastante difusa como siendo el *motor*: el circuito *estímulo-respuesta*, como se dice, ¿qué puede explicar? [T.]”

Y esto, hasta el punto de que todos los demás órdenes de satisfacción (los que acabamos de enumerar como presentes en efecto en la evocación freudiana) sólo adquieren su sentido cuando se los pone en una cierta dependencia (y desafío a cualquiera a definirla, a hacerla concebible de una manera diferente a formularla en términos de estructura), en una dependencia, digo, digamos, burdamente *simbólica*, respecto a la satisfacción sexual.

Estos son los términos en los que les propongo el problema que retomo hoy y que consiste en intentar darles la articulación significativa de lo que concierne a la repetición implicada en el acto sexual, si es en verdad lo que yo digo (lo que la lengua promueve para nosotros y que, seguramente, nuestra experiencia no invalida), a saber, un “acto”; tras haber insistido en lo que implica el acto, en sí mismo, en tanto condicionado, ante todo, por la repetición que le es interna.

En lo que concierne al acto sexual iré más lejos –por lo menos he considerado que se requeriría ir más lejos para captar su alcance: la repetición que implica comporta (si seguimos, por lo menos, la indicación de Freud) un elemento de medida y de armonía que seguramente es lo que evoca la función directriz que le da Freud, pero que, seguramente, es lo que nosotros hemos de precisar.

Porque si hay algo que produce, que promueve, no importa cuál de las formulaciones analíticas, es que en ningún caso esta armonía podría concebirse como siendo del orden de lo *complementario*, a saber, de la conjunción del macho y de la hembra, tan simple como se la figura el pueblo, al modo de la conjunción de la llave y de la cerradura, o de cualquier cosa que se presente bajo los modos habituales de los símbolos gámicos. Todo nos indica (y al parecer sólo necesitaría dar cuenta de la función fundamental de ese tercer elemento que gira en torno al falo y a la castración), todo eso nos indica que el modo de la medida y de la proporción implicado en el acto sexual es de una estructura muy diferente y, digamos la palabra: más “complejo”.

Esto es lo que, al dejarlos la última vez, había empezado a formular, al evocar (ya que se trata de armonía) la relación llamada anarmónica: esto hace que, sobre una simple línea trazada, un segmento pueda dividirse de dos maneras:

- con un punto que le es interno (un punto C entre A y B) que da una proporción cualquiera, por ejemplo:  $\frac{1}{2}$ ;

- otro punto D, exterior, puede producir, en los segmentos determinados entre él, ese punto D por ejemplo, con los puntos A y B del segmento inicial, la misma proporción:  $\frac{1}{2}$ .

Esto ya nos había parecido más propicio para garantizar de qué se trata, según toda nuestra experiencia, a saber, la relación de un término con otro término que se presenta para nosotros como lugar de la unidad; entiendo por ello: unidad de la pareja. Que es respecto a la idea de la pareja, allí donde se halle (quiero decir, efectivamente, en el registro subjetivo), que ha de situarse el sujeto, en una proporción que él puede lograr establecer introduciendo una mediación externa al enfrentamiento que constituye, en tanto sujeto, en la IDEA DE LA PAREJA.

Esta es sólo una primera aproximación y, en cierta forma, el simple esquema que nos permite designar lo que se trata de garantizar, a saber, la función de ese *elemento tercero* que vemos aparecer por todas partes en lo que puede llamarse el *campo subjetivo* en la relación sexual, ya se trate (lo hicimos subrayar la última vez) de lo que, subjetivamente, aparece allí seguramente de la manera más distante, a saber, su producto –orgánico– siempre posible, ya se lo considere o no como deseable; o bien de ese elemento, a primera vista tan diferente, tan opuesto, y sin embargo, enseguida ligado con él por la experiencia psicoanalítica, a saber, esa exigencia del falo, que parece tan interna, en nuestra experiencia, a la relación sexual, en la medida en que se la vive subjetivamente. La equivalencia *niño-falo*, ¿no es acaso algo con lo que podemos tal vez intentar designar la pertinencia en cierta sincronía que deberíamos descubrir allí y que, por supuesto, no significa *simultaneidad*?

Más que eso, este elemento tercero ¿no tiene cierta relación con lo que hemos designado como la división del Otro mismo: el S(A)?

Es para conducirlos por esta vía que hoy apporto la proporción estructurada en un orden muy diferente al de la simple perspectiva armónica que distinguía el final de mi último discurso. A saber, lo que constituye la verdadera *media y extrema razón*, que no es simplemente la proporción de un segmento con otro, en tanto puede ser dos veces definido (de manera interna con su conjunción, o externa), sino la proporción que plantea, en su punto de partida, la igualdad de la proporción del más pequeño con el más grande, igualdad, digo, de esa proporción, con la proporción del más grande con la suma de los dos. Contrariamente a la indeterminación, a la perfecta libertad de esa proporción anarmónica (que no es nada, en lo que concierne al

establecimiento de una estructura, porque les recuerdo que esa proporción anarmónica ya tuvimos que evocarla el año pasado como fundamental en toda estructura llamada proyectiva), pero dejémosla ahora para apegarnos a esto, que hace de la relación de *media y extrema razón*, no una relación cualquiera (por muy directiva, lo repito, que ésta pueda ser, eventualmente, en la manifestación de las constancias proyectivas), sino una proporción perfectamente determinada y ÚNICA, digo, numéricamente hablando.

En el tablero planteé una figura que nos permite dar soporte a lo que enuncio de esta manera:

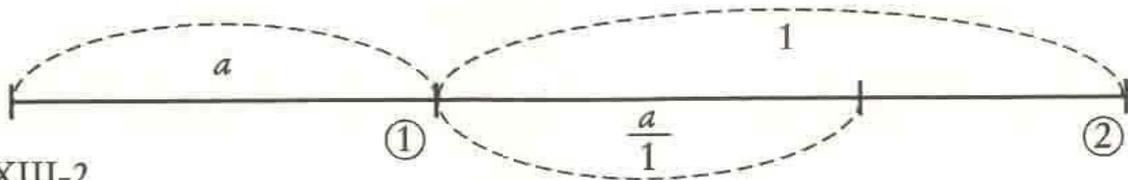


Fig. XIII-2

Tienen aquí a la derecha los segmentos en cuestión: el primero que llamé  $a$  minúscula, que será para nosotros el único elemento con que podremos contentarnos para edificar todo lo que corresponderá a esa relación de medida o de proporción, con la única condición de darle a su correspondiente, que ven aquí de este punto a este punto (no quiero dar nombres de letras a esos puntos para no correr el riesgo de introducir confusión, para no hacer que orienten sus oídos hacia su enunciado), designo, de aquí (1) a aquí (2), tenemos el valor 1.

A condición de dar este valor 1 a este segmento, podemos contentarnos, en lo que se trata, a saber, la relación llamada de *media y extrema razón*, con darle pura y simplemente el valor  $a$ , lo cual quiere decir, en este caso,  $a/1$ . Hemos planteado que la proporción de  $a/1$  es igual a la proporción de  $1/1+a$ .

Tal es esa proporción perfectamente fija, que tiene propiedades matemáticas considerablemente importantes, que no tengo ni el tiempo ni la intención de desarrollar hoy. Sepan, sencillamente, que su aparición en la matemática griega coincide con el paso decisivo para poner orden en lo que concierne a lo conmensurable y a lo inconmensurable.

En efecto, esa proporción es inconmensurable. Es buscando el modo como puede ser definido, de la manera como se recubre la sucesión de los puntos dados por la serie escalonada de dos unidades de medida inconmensurables la una respecto a la otra, a saber, lo más difícil de imaginar: la manera como se sobreponen, si son inconmensurables. Lo propio de lo conmensurable es que siempre hay un punto en que éstas caerán juntas, las dos medidas, en el

mismo paso. Dos valores conmensurables terminarán siempre en un cierto múltiplo, diferente para uno y para otro, constituyendo la misma magnitud. Dos valores inconmensurables, nunca. ¿Pero cómo interfieren? Esa es la línea de esta investigación que se definió ese procedimiento que consiste en sobreponer la más pequeña en el campo de la más grande, y en preguntarse qué sucede, desde el punto de vista de la medida, con el resto.

Para el resto, que está ahí, que es manifiestamente  $1-a$ , procederemos de la misma manera: la sobrepondremos dentro de la más grande. Y así sucesivamente hasta el infinito, quiero decir, sin que nunca se pueda llegar a lo que termina ese proceso. En esto consiste, precisamente, lo inconmensurable de una proporción sin embargo tan sencilla.

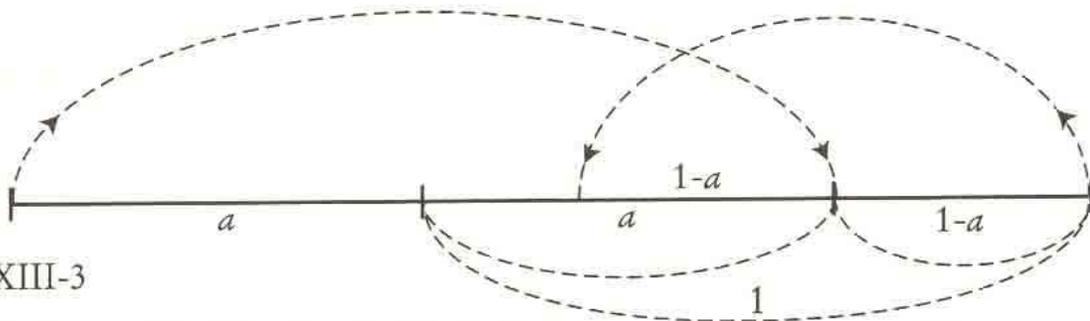


Fig. XIII-3

De todos los inconmensurables, éste es el que, si puedo decirlo, en los intervalos que define lo racional de lo conmensurable, deja siempre la mayor distancia. Simple indicación que no puedo aquí más que comentar.

Como sea, ven que se trata, de todas maneras, de algo que, en este orden de lo inconmensurable, se especifica con una acentuación, al mismo tiempo que con una pureza de la proporción, muy especial.

Muy a mi pesar (porque pienso que todos los bueyes del ocultismo temblarán en esta ocasión) me veo obligado, por honestidad, a decir que esa proporción *a minúscula* es lo que se llama el *número de oro*. Tras lo cual, por supuesto, vibrarán, en los honduras de su experiencia cultura, y particularmente en lo que concierne a la estética, evocaciones de todo lo que quieran: ¡catedrales... de Albrecht Dürer... de... de los... de los... crisoles alquímicos y de todos los demás manoseos análogos!

Espero, sin embargo, por<sup>5</sup> la seriedad con la que introduce el carácter estrictamente matemático de la cosa (y muy precisamente lo que le concierne de una problemática que de

<sup>5</sup> Lacan pronunció "que" [S.].

ninguna manera da la idea de una medida fácil de concebir), haberles hecho sentir que se trata de algo diferente.

Veamos ahora cuáles son algunas de las propiedades notables de ese *a minúscula*. Las escribí a la izquierda en negro. Pueden ver que, ya, el hecho de que  $1+a$  sea igual a la inversa de  $a$ , es decir, a  $1/a$ , estaba suficientemente garantizado en las premisas dadas por la definición de esa proporción; puesto que la noción de que consiste en la proporción del pequeño respecto al más grande, en tanto igual a la del más grande respecto a la suma, nos da ya esta fórmula, que es igual a ésta, fundamental:  $a$  igual a  $1/_{1+a}$ .

$$\begin{array}{ccc}
 & \text{en rojo} & \\
 & \underbrace{\hspace{10em}} & \\
 2+a = & \frac{1}{a} + 1 = \frac{1}{a^2} = \frac{1}{1-a} & \underbrace{\hspace{10em}} \\
 & & \text{en rojo} \\
 & & a + a^2 = 1 \\
 & & a^2 + a^3 = a \\
 \text{Fig. XIII-4} & 1 + a = \frac{1}{a} & a^3 + a^4 = a^2 = 1 - a
 \end{array}$$

A partir de ahí, es extremadamente fácil darse cuenta de las otras igualdades, cuyo carácter caduco y, en verdad, para nosotros, de poca importancia (momentáneamente), está marcado por el hecho de que escribí en rojo las igualdades que siguen.

Lo único importante que ha de señalarse es que el  $1-a$  que está ahí, puede ser igual a  $a^2$ , lo cual es muy fácil de demostrar.

Y, por otra parte, que el  $2+a$  que está ahí, del cual ven cómo (considerando únicamente el  $[1 + 1/a]$ ), cómo puede deducirse fácilmente ese  $2+a$ , que representa lo siguiente: lo que sucede cuando, en lugar de involucionar sobre sí misma la superposición de los segmentos, se los desarrolla, en cambio, hacia el exterior.<sup>6</sup>

A saber, que el *no sobre dos más a minúscula* [ $1/_{2+a}$ ] (a saber, lo que correspondía hace poco a nuestro segmento externo en la proporción anarmónica —es igual a 1, obtenido por el desarrollo exterior del *uno* que representa la mayor longitud—) el *1 sobre dos más a*, tiene el mismo valor que el valor inicial de donde partimos, es decir, *a minúscula*... es decir, *a sobre uno-más-a* [ $a/_{1+a}$ ].<sup>7</sup>

<sup>6</sup> No hay ningún misterio en esta frase, si se transcribe como lo hemos hecho: “*un plus petit a sur un moins a*” como  $1 + 1/a$ , que es igual a  $2+a$ , y no  $1+a/_{1-a}$ , fórmula que ha sido retomada en todas las versiones que circulan.

<sup>7</sup>“*El uno sobre dos más a minúscula* [...], el *uno sobre dos a*, tiene el mismo valor que este valor inicial de donde partimos, es decir: *a minúscula*, es decir, *uno sobre uno más a minúscula*” [Sizaret]. Sizaret intentó, en una glosa,

Tales son las propiedades de la media y extrema razón en tanto nos permitirán tal vez comprender algo de lo que se trata en la satisfacción genital.

Ya les dije que *a* minúscula es uno de los términos, cualquiera, de esta relación genital. Digo uno de los términos, *cualquiera*: INDEPENDIENTEMENTE DE CUÁL SEA SU SEXO. Tanto la niña como el niño, en la relación sexual (la experiencia de la relación subjetiva, en tanto el análisis la define como edípica) tanto la niña como el niño entran ahí primero como hijo. En otras palabras, como representando desde ya el PRODUCTO (y no doy yo ese término al azar, tendremos que retomarlo luego) en tanto permite situar, como diferente a lo que se llama *creación*, lo que en nuestros días circula, como ya lo saben, por todas partes y hasta a tontas y a locas, bajo el nombre de *producción*.

Es justamente el problema más inminente, el más actual que se le haya propuesto al pensamiento, esa proporción (que está por definirse) del sujeto como tal respecto a lo que concierne a la producción de cualquier cosa. Digo: en una dialéctica del sujeto, que pueda adelantarse, donde no se ve CÓMO EL SUJETO MISMO PUEDE SER TOMADO COMO PRODUCCIÓN, todo esto no tiene valor para nosotros. Esto no quiere decir que sea tan fácil garantizar, a partir de esta raíz, lo que concierne a la producción.

Es tan poco fácil de garantizar que, si hay algo de lo que seguramente pueda sorprenderse una mente no prevenida, es el notable silencio –el silencio de los *Conrart*<sup>8</sup>– en que se mantiene el psicoanálisis, respecto a ese delicado asunto que, sin embargo, es... debo decir que cotorrea un tanto en nuestra vida periodística, política, doméstica, jornalera y todo lo que quieran, hasta mercantil, y que se llama el *birth control*. Nunca se ha visto a un analista decir qué pensaba al respecto... Y, no obstante, es curioso esto en una teoría que pretende tener algo que decir sobre la satisfacción sexual.

Debe haber, también, algo de eso, que tiene mucho que ver, debo decir de manera poco cómoda, con lo que puede llamarse la religión del Verbo, puesto que seguramente tras las

---

aclarar ese oscuro párrafo: como Lacan iba demasiado rápido, y habría cometido dos errores: por una parte, la formulación “*uno sobre dos a*” es probablemente un *lapsus* en vez de “*uno sobre dos más a*”, por otra parte, un error de cálculo le hizo obtener el resultado *a* en lugar de *a*<sup>2</sup>. Corregimos el primer “error”, al cual Lacan parece aludir en la lección siguiente. Otra solución puede darse respecto al segundo punto. En el tablero había otra fórmula que solamente conocemos mal transcrita:  $\frac{1}{2+a} = a = \frac{1}{1+a}$ . Nos parece posible reconstituirla así:  $\frac{1}{2+a} = \frac{a}{1+a}$ , y escuchar ese pasaje suponiendo que “*a*” fue entendido como “*uno*”, en la última fórmula [*a* y *uno* son homofónicos en francés]. Fue la solución que escogimos en el texto.

<sup>8</sup> Boileau-Despréaux Nicolas, *Épîtres*, I, v. 40 : « Imito de Conrart el silencio prudente ». Este académico no había publicado nada.

sorprendentes esperanzas puestas en la liberación de la Ley (que corresponde a la generación paulina en la Iglesia), al parecer, después, muchas enunciaciones dogmáticas se vieron afectadas. ¿A nombre de qué? Pues de la PRODUCCIÓN, ¡de la producción de *almas*! En nombre de la producción de almas, este pasaje, anunciado como muy cercano, de la Humanidad a la beatitud, sufrió, me parece, cierto enfriamiento...

Pero no hay que creer que el problema se limita a la esfera religiosa. Habiendo sido anunciada otra liberación del HOMBRE, al parecer la producción de los *proletarios* jugó cierto papel, en las formas precisas que resultaron tomando las sociedades socialistas a partir de cierta idea de la abolición de la explotación del hombre por el hombre. En lo que concierne a esta producción, no parece que haya llegado a una medida mucho más clara, y en cuanto a lo que se produce; así como el campo cristiano, en nombre de la producción de almas, continuó dejando aparecer en el mundo seres de los que lo menos que puede decirse es que su calidad anímica está bastante mezclada, así mismo en nombre de la producción de proletarios, no parece que aparezca algo diferente a ese algo respetable, ciertamente, pero que tiene sus límites y que podría llamarse la *producción de ejecutivos*...

Entonces, este asunto de la producción y del estatuto del sujeto, en tanto producido, la tenemos presentificada ahí a nivel de algo que es justamente la primera presentificación del Otro en cuanto es LA MADRE.

El valor de la función unificante de esta presencia de la madre se conoce. Se conoce tan bien que toda la teoría (y la práctica) analítica se volcó literalmente allí y sucumbió completamente a su fascinante valor. El principio, desde el origen (y, a propósito, pudieron escucharlo puesto que lo tuvimos aquí sosteniendo un debate que dio fin a nuestro año anterior), toda la situación analítica fue concebida como reproduciendo idealmente, quiero decir, como fundándose en el ideal de esta fusión unitiva (o de esta unificación fundante, como quieran) que supuestamente unió durante nueve meses, lo recordé la última vez, al hijo con la madre. Seguramente...

–*Una voz femenina*: Señor, no lo escuchamos.

–*Doctor Lacan*: ¿Cómo?

–*La misma voz*: Se le escucha muy mal.

–*Doctor Lacan*: Se me escucha muy mal... Lamento que todo esto funcione tan mal, pero les agradezco mucho decírmelo. Voy a intentar hablar más fuerte. ¡Gracias!

–*La voz*: Es el micrófono...

–*Doctor Lacan*: No funciona en absoluto hoy ¿ah? Bueno...

... que une, pues, al hijo y a la madre. Es precisamente *al no hacer* de esta unión del hijo y de la madre... (no importa cómo la calificuemos, que hagamos o no de eso la función del *narcisismo primario* o simplemente el lugar elegido de la *frustración* y de la *gratificación*), precisamente se trata de esto, es decir, no de repudiar ese registro sino de ubicarlo en su justo lugar; hacia allá van nuestros esfuerzos teóricos. Es en la medida en que está en alguna parte, y digo a nivel de la confrontación sexual, esta primera afirmación de la unidad de la pareja, como constituida por lo que la enunciación religiosa formuló como el *una sola carne*... ¡qué burla! ¿Quién puede afirmar en cualquier cosa que, en el abrazo llamado genital, el hombre y la mujer hagan una sola carne? Salvo que la enunciación religiosa recurre aquí a lo que la investigación analítica, a lo que en la conjunción sexual es *representado* por el polo materno. Lo repito: ese polo materno (para, en el mito edípico, confundirse al parecer, dar pura y simplemente el *partenaire* del machito) en realidad nada tiene que ver con la oposición macho-hembra.

Puesto que tanto la muchacha como el muchacho tienen que vérselas con ese lugar materno de la unidad, como representándole aquello con lo que se confronta en el momento del abordaje de lo que concierne a la conjunción sexual.

Tanto para el muchacho como para la muchacha, lo que son como producto, como *a minúscula*, ha de confrontarse con la unidad instaurada por la idea de la unión del hijo con la madre, y es en esta confrontación que surge ese 1-*a*, que nos aportará ese elemento tercero, en la medida en que funciona así mismo como signo de una falta, o, si quieren también (para emplear el humorístico término de la *pequeña diferencia*), de la pequeña diferencia que viene a jugar el importante papel en lo que concierne a la conjunción sexual, en la medida en que interesa al sujeto.

Por supuesto, el humor común (o el sentido común, como quieran), hace de esta pequeña diferencia el hecho de que, como se dice ¡los unos tengan una, y los demás no! De ninguna manera se trata de esto, de *hecho*. Porque el hecho de no tenerlo juega para la mujer, como saben ustedes, un papel tan esencial, un papel tan mediador y constitutivo, en el amor, como para el hombre. Más allá, como lo subrayó Freud, al parecer su falta efectiva le confiere ahí ciertas ventajas. Y esto es lo que voy a intentar articular para ustedes ahora.

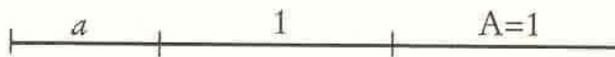


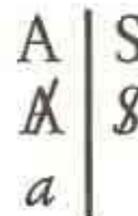
Fig. XIII-5

En efecto, qué vemos, sino que, como lo dijimos hace poco, la extrema razón de la proporción, en otras palabras, lo que la reproduce en su exterior, nos servirá aquí bajo la forma del 1, que da, que reproduce, la justa proporción, la que se define por *a minúscula*, en el exterior de la relación así definida como la relación sexual.

Para que uno de los *partenaire* se plantee ante el otro como un 1 en igualdad, en otras palabras, para que<sup>9</sup> se instituya la díada de la pareja, tenemos aquí, en esa proporción así inscrita (en la medida de la media y extrema razón) el soporte, a saber, ese segundo 1 que está inscrito a la derecha y que le devuelve su proporción respecto al conjunto, a condición de que se mantenga allí ese término tercero de *a minúscula*.

Por supuesto, ahí es donde reside lo siguiente: que podemos decir que en la relación sexual, es por cuanto el sujeto logra hacerse el igual del Otro, o introducir en el Otro mismo, (la repetición del 1) que resulta, de hecho, reproducir la proporción inicial, aquella que mantiene siempre perentorio ese tercer elemento que aquí está formulado por el *a minúscula* mismo.

En otras palabras, volvemos a hallar aquí el mismo proceso que les había inscrito en otro momento<sup>10</sup> en forma de una barra divisoria, como haciendo partir la relación del sujeto con el A mayúscula en tanto que (al modo como una división se produce) el A tachado,  $\cancel{A}$ , es dado, que respecto a ese A mayúscula tachado, lo que viene a instituirse y donde el resto es dado por un *a minúscula*, que es su elemento irreductible, es un S tachado,  $\cancel{S}$



¿Qué quiere decir? ¿Qué quiere decir? Que empezamos a concebir cómo puede ser que un órgano tan “local”, si puedo decirlo, y en apariencia puramente funcional como el pene, puede llegar a jugar aquí un rol, donde podemos vislumbrar lo que concierne a la verdadera naturaleza de la satisfacción en la relación sexual.

En efecto, algo como en alguna parte, en la relación sexual, puede simbolizar, si puede decirse, la eliminación de ese resto. Es en tanto órgano sede de la detumescencia que, en alguna parte, el sujeto puede tener la ilusión (seguramente engañosa, pero por ser engañosa no es menos

<sup>9</sup> pour ce que [*sic*].

<sup>10</sup> Seminario 1958-1959, *El deseo y su interpretación*, lección del 13 de mayo de 1959. Desarrollos en *La angustia*.

satisfactoria) de que no hay resto, o por lo menos, que sólo hay un resto perfectamente evanescente.

A decir verdad, esto sería sencillamente del orden de lo cómico, y ciertamente cae en ese ampo, puesto que es ahí, al mismo tiempo, lo que le da su *límite* a lo que puede llamarse *goce*, en cuanto el goce estaría en el centro de lo que concierne a la satisfacción sexual.

Todo el esquema que soporta, *fantasmáticamente*, la idea de la descarga, en lo que concierne a las tensiones pulsionales, es soportado en realidad por ese esquema donde se ve, sobre la base de la función de la detumescencia, imponerse este límite al goce.

Seguramente, ese es el aspecto más decepcionante que pueda suponersele a una satisfacción, si, en efecto, de lo que se tratara fuera pura y simplemente del goce. Pero todo el mundo sabe que si hay algo que está presente en la relación sexual es el *ideal del goce del otro*, y así mismo, lo que constituye su originalidad subjetiva. Pues es un hecho que cuando se limita uno a las funciones orgánicas, nada es más precario que este entrecruzamiento de los goces. Si hay algo que nos revele la experiencia es la heterogeneidad radical del goce macho y del goce hembra.

Es justamente por eso que hay tantas buenas almas que se ocupan, más o menos escrupulosamente, de verificar la estricta simultaneidad de su goce con el de su *partenaire*. ¿Para cuántas confusiones, disparates y engaños presta esto? Seguramente, no es ese nuestro tema de hoy, aquel cuyo abanico quiero esparcir. Pero es que, igualmente, se trata de algo muy diferente a ese pequeño ejercicio de acrobacia erótica.

Si algo (se sabe bien, se sabe también qué lugar ha tenido esto en cierta verborrea psicoanalítica), si algo viene a fundarse en torno al goce del otro es en la medida en que la estructura que hoy hemos enunciado hace surgir el *fantasma del don*.

Es porque ella *no tiene* el falo, que el don de la mujer adquiere un valor privilegiado en cuanto al *ser* que se llama amor, que es, como lo definí, *el don de lo que no se tiene*.

En la relación amorosa, la mujer encuentra un goce que es, si puede decirse, del orden precisamente *causa sui*, por cuanto en efecto lo que ella da bajo la forma de lo que no tiene, es también la causa de su deseo.

Ella se vuelve lo que ella crea, de manera puramente imaginaria, y justamente esto que la hace objeto, por cuanto en el espejismo erótico ella puede ser el falo, serlo a la vez y no serlo. Lo

que ella da por no tenerlo, se vuelve, acabo de decirlo, la causa de su deseo; sola, puede decirse, por esa causa, la mujer cierra de manera satisfactoria la conjunción genital.

Pero, por supuesto, en la medida en que, por haber provisto el objeto que no tiene, ella no desaparece allí en ese objeto (quiero decir, que este objeto no desaparece), dejándola a la satisfacción de su goce esencial, salvo por mediación de la castración masculina. De tal manera que, en suma, ella, no pierde nada allí, puesto que sólo mete allí lo que no tiene, y porque, literalmente, ella lo crea.

Y es justamente por eso que ES SIEMPRE POR IDENTIFICACIÓN CON LA MUJER QUE LA SUBLIMACIÓN PRODUCE LA APARIENCIA DE UNA CREACIÓN. Es siempre a manera de una génesis, oscura, ciertamente, antes de que pueda yo exponerles aquí sus lineamientos, pero muy estrictamente vinculada con el don del amor femenino, por cuanto crea este objeto evanescente (y además, por cuanto le falta) que es el falo omnipotente; es por eso que puede haber en alguna parte, en ciertas actividades humanas (que todavía tenemos que examinar, según si son espejismo o no) lo que se llama *creación*, ο ποιησις, por ejemplo.

El falo es, pues, si quieren, por una parte, el pene, pero es en la medida en que es su carencia respecto al goce, que constituye la definición de la satisfacción subjetiva a la que se encuentra remitida la reproducción de la vida.

De hecho, en el acoplamiento, el sujeto no puede realmente poseer el cuerpo que él abraza. No conce los límites del goce posible, quiero decir, de aquel que podría él tener del cuerpo del Otro, como tal, pues esos límites son INCIERTOS. Y es todo lo que constituye este más allá que definen *escoptofilia* y *sadismo*. Que el desfallecimiento fálico adquiera valor siempre renovado de desvanecimiento del ser del sujeto, es lo esencial de la experiencia masculina, y lo que hace comparar este goce con lo que se llama el retorno de *la pequeña muerte*.

Esta función *evanescente* –por su parte, mucho más directa, directamente experimentada, en el goce masculino–, es lo que le da al macho el privilegio de donde ha salido la ilusión de la pura subjetividad.

Si acaso hay un instante, alguna parte, en donde el hombre pueda perder de vista la presencia del objeto tercero, es precisamente en ese momento evanescente, donde pierde, porque desfallece, no solamente lo que es su instrumento, sino, para él tanto como para la mujer, el elemento tercero de la relación de la pareja.

Es a partir de ahí que se han edificado, aún antes del advenimiento de lo que llamamos aquí el estatuto de la pura subjetividad, todas las ilusiones del *conocimiento*.

La imaginación del *sujeto del conocimiento*, ya sea el de antes o el de después de la era científica, es una forja de macho, y de macho en tanto que participa de la impotencia, en tanto que niega el *menos algo* en torno al cual tiene lugar el efecto de causación del deseo, en tanto que *toma ese menos por un cero*. Ya lo dijimos, *tomar el menos por un cero*, es lo propio del sujeto y el *nombre propio* aquí está hecho para marcar la traza.

El rechazo de la castración marca el delirio del pensamiento, quiero decir, la entrada del pensamiento del yo [*je*], como tal, en lo real, que es propiamente lo que constituye, en nuestro primer cuadrángulo, el estatuto del *no pienso* en tanto que lo sostiene la sintaxis.

He ahí, en cuanto la estructura, de qué se trata en lo que permite edificar lo que Freud nos designa en torno a la satisfacción sexual en su relación con el estatuto del sujeto.

Nos quedaremos ahí por hoy, designando para la próxima vez lo que hemos de avanzar ahora sobre la función del *acting-out*.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila  
Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELENS H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

[pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com](mailto:pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com)